

La tarea *fuera* de la escuela como tarea *de* la escuela¹

Por Mariela Helman y Marcela Fridman

Para abordar el tema de las tareas escolares, es necesario primero establecer cierto marco que defina algunas categorías centrales del trabajo en la escuela, de la tarea de enseñar y aprender, para luego instalar allí una discusión sobre este punto.

Queremos poner en la mira algo tan pequeño como las tareas escolares que todos los días, durante siete años, los niños realizan fuera de la escuela. Empiezan a formar parte de la vida de los alumnos cuando ingresan a primaria, ocupan parte de su tiempo libre, son un punto de intersección entre las escuelas y la vida extraescolar de los niños, ya que a veces no es sólo la familia quien comparte con el alumno este tiempo (por ejemplo, diversas organizaciones que brindan “apoyo escolar”). Podríamos acotar también que la tarea es una parte del trabajo de maestros y alumnos que tiene la particularidad de asignarse y corregirse en clase, pero cuya resolución demanda un tiempo que se instala fuera de la escuela.

¿Para qué y por qué la escuela sostiene la práctica de dar tarea a sus alumnos? ¿Es una práctica deseable de mantener? Y, en todo caso, ¿bajo qué condiciones? Para intentar responder estos interrogantes tomaremos como ejes de análisis dos cuestiones: la naturalización de las prácticas escolares, por un lado, y la formación de los niños como estudiantes, por el otro.

La naturalización de una práctica escolar habitual como “dar tarea” significa desconocer su construcción histórica. Significa además, que la misma, por ser “normal” dentro de una institución, por ser cotidiana, desaparece de la percepción sin someterla a un examen crítico en cuanto a su sentido.

Pablo Gentili explica que la normalidad tiene la facultad de ocultar los acontecimientos. Muchas de las rutinas de la escuela están naturalizadas, son “normales” para quienes formamos parte de la escolarización. Ya no las vemos: podríamos decir que se hicieron invisibles.

Naturalizar un proceso histórico y cultural implica desconocer, en este caso, los aprendizajes que suponen, para un niño, poder prolongar, fuera de la escuela y sin las orientaciones de su maestro, su oficio de alumno. Es decir, dedicarse a las tareas escolares sin la presencia de algunas de las características que definen la actividad dentro de la escuela: el espacio, los modos, los tiempos, las

¹ Artículo publicado en *12(ntes), papel y tinta para el día a día en la escuela* (2007), n° 19, noviembre de 2007.

formas propias de lo escolar y, fundamentalmente, el sostenimiento del docente. Para ser más precisos: no hay nada de natural en la escena imaginada de un niño sentado frente a una mesa, consultando libros y realizando actividades escolares por sus propios medios fuera de la institución escolar.

Los modos diferentes de vivir la infancia nos interpelan a la hora de pensar las propuestas de enseñanza que se plasman en las distintas actividades que proponemos desde la escuela. Es necesario, por tanto, analizar la distancia que existe –si es que existe- entre la cultura escolar y el habitus familiar. Este análisis constituye un modo de revisar y criticar nuestra práctica puesto que si naturalizamos la situación de un niño realizando una tarea escolar fuera de la escuela, la sospecha cae sobre aquel que no lo hace según lo esperado en estas condiciones consideradas “naturales”. Si la escuela no entrega explícitamente los instrumentos de apropiación de la cultura escolar solo aprenden aquellos que lo reciben en la familia.

Sin embargo, de estas reflexiones no se desprende que la escuela debería renunciar a la ilusión de que los chicos conformen proyectos personales de aprendizaje que trasciendan los muros de la institución escolar. El problema es considerarlos como puntos de partida, como datos dados de antemano, cuando en verdad se trata de puntos de llegada.

Esto se vincula con el segundo eje de análisis que queremos abordar: *la formación de los niños como estudiantes*. Creemos que la tarea se relaciona directamente con este aspecto que constituye uno de los objetivos del trabajo escolar y que cobra fuerza y sistematicidad a partir del segundo ciclo de la enseñanza primaria.

Dedicar tiempo de enseñanza a estos asuntos contribuye a la formación de los hábitos propios del ser estudiante; disposiciones que se convierten en imprescindibles para continuar la educación más allá de la enseñanza básica.

¿Por qué la tarea constituye una oportunidad privilegiada para formar a los chicos como estudiantes?

Porque supone ir generando las condiciones para que el tiempo de estudio se prolongue más allá del espacio escolar. La idea de que no alcanza simplemente con asistir a las clases para aprender todo lo que la escuela se propone enseñar resulta fundamental para poder abordar temas más complejos.

Por otra parte, el tiempo de la tarea es propicio para que cada alumno pueda revisar lo que aprendió, lo que todavía le cuesta, aquello para lo que necesita más ayuda. Esta posibilidad que abre la tarea de evaluar la marcha del proceso personal de aprendizaje constituye una herramienta sumamente potente para ser estudiante.

Los buenos estudiantes no son aquellos que saben todo sino aquellos que conocen cuáles son sus puntos fuertes y cuáles no lo son.

Por último, la asignación sistemática de tareas permite a los niños construir un hábito de trabajo individual responsable que los chicos se llevarán de la escuela junto con otros conocimientos, y que les posibilitará abordar nuevas situaciones de aprendizaje.

Trabajar con la agenda personal, anticiparles los tiempos necesarios para desarrollar sus tareas y enseñarles a calcularlo, ayudarlos a distribuir su esfuerzo, explicar las consignas que les presenten dificultades, corregirles sistemáticamente las tareas que realicen, son algunos modos que contribuyen a lograr construir este hábito de trabajo.

A partir de estas reflexiones, entonces, podemos sugerir algunos aspectos a tener en cuenta para que la práctica de dar tareas a los alumnos se constituya como una experiencia formativa:

El primer criterio fundamental que se desprende de las consideraciones previas es que, aunque la tarea se realice fuera de la escuela, “la tarea” forma parte de los contenidos escolares vinculados con la formación de los alumnos como estudiantes. Si se trata de un contenido escolar (de hecho, lo planifica, lo distribuye y lo evalúa el docente) debe ser enseñado en la escuela por la escuela. Esto significa que es preciso destinar tiempo escolar, al igual que cuando uno enseña fracciones, para su enseñanza.

Ningún niño debe saber cómo hacer tareas extraescolares antes de que la escuela se lo enseñe.

Este criterio general supone, por tanto, que el docente planifique una serie de actividades para realizar en hora de clase, donde se

“practique” cómo hacer tareas que, luego, serán extraescolares.

Otro aspecto a considerar está vinculado con la autonomía de los alumnos. En este sentido, hay que entender que la autonomía es uno de los objetivos del trabajo escolar. Así planteada, no es esperable que los niños se manejen de modo autónomo desde el inicio pero sí que vayan logrando diferentes niveles crecientes de trabajo autónomo como producto de haber participado en distintas experiencias escolares de aprendizaje al respecto.

Estas consideraciones permiten esbozar otro criterio básico a la hora de pensar las tareas: la tarea que se mande, debe ser posible de ser resuelta por los alumnos; es decir que la tarea siempre será planificada a partir de un contenido que ya fue abordado en clase.

Esto requiere de una evaluación por parte del docente del proceso de aprendizaje de todos y de cada uno de los chicos a fin de poder analizar qué pueden resolver de modo autónomo y qué no.

Por tanto, la tarea, como las distintas situaciones de enseñanza, también se planifica.

Cuando planteamos un criterio tan obvio como el que recién mencionamos, nos estamos refiriendo a que la escuela no debe considerar la ayuda de los familiares como condición necesaria para la realización de las tareas por parte de los alumnos. Claro está que dicha ayuda será bienvenida en los

casos en que pueda darse, pero no debe ser un requisito indispensable porque si así lo fuera, los niños que no cuentan con este apoyo estarían desde el vamos quedando imposibilitados de cumplir con la tarea. La exigencia de realizar, fuera de la escuela, actividades que no se aprendieron antes en el grado, se convierte en una nueva forma de exclusión para quienes solo tienen oportunidad de aprenderlo con sus maestros.

Cuando mencionamos la necesidad de que los chicos participen de experiencias a partir de las cuales vayan logrando niveles crecientes de trabajo autónomo, proponemos la puesta en marcha en el aula de una serie de dispositivos tendientes a este fin. Presentamos, a modo de ejemplo, dos de ellos:

Agenda

La escuela puede enseñar a utilizar una agenda. En principio podrá organizarse una agenda grupal que se completará y revisará colectivamente para luego pasar a utilizar agendas semanales o mensuales². La utilización de la agenda permite a los chicos programar sus tareas, responsabilizarse por las fechas y entregas.

La agenda permite asimismo, enseñar a calcular los tiempos de trabajo si las tareas no se solicitan de un día para el siguiente.

Sostener la rutina de completar y revisar la agenda en un principio será responsabilidad del docente hasta que los alumnos hayan asumido como propia esta práctica.

Trabajos prácticos.

El docente puede proponer como tarea trabajos prácticos que se prolonguen en el tiempo, con entregas semanales o quincenales.

Este tipo de propuestas permite enseñar a los alumnos a organizar sus tiempos de estudio. Antes de la fecha de entrega, el docente

“recuerda” a sus alumnos el día en que deben entregar el trabajo, pregunta cómo va cada uno, sugiere que no dejen toda la realización del mismo para el último día. En este sentido, también puede organizar, en los días previos a la fecha de entrega, horarios para que los alumnos le realicen consultas. De esta manera, los niños deberán hacer diferentes “lecturas” de la tarea a realizar tanto acerca del tipo de trabajo que se les propone en cada ejercicio como de las posibilidades que tienen de resolverlo o no.

A modo de conclusión queremos señalar que, como ocurre con muchas de las situaciones escolares - y aunque la escuela no lo quiera- la tarea puede volverse un elemento más al servicio de la exclusión y de la desigualdad para muchos niños o, por el contrario, una oportunidad formativa en

la que los alumnos construyan hábitos de organización y trabajo responsable que harán a su formación como estudiantes y que les permitirán enfrentar nuevos desafíos de aprendizaje.

1- Gentili, P. (coord.) *Códigos para la ciudadanía .La formación ética para la libertad.* Santillana, 2000.

2- Nos referimos sencillamente a la elaboración de un cuadro de doble entrada con los días de la semana o el mes, que los chicos tienen en la primera hoja de su carpeta.